

COLUMNA DE OPINIÓN

Elogio del caminante y denostación del scooter

“Caminé, des-
 pertando los alien-
 tos vivos y tibios, y
 las pedrerías mira-
 ron, y las alas se
 elevaron sin rui-
 do”, dice un joven
 poeta y caminante
 Arthur Rimbaud
 en su poema en
 prosa “Alba”. A
 Rimbaud, que no
 dejó nunca de caminar (recorrió lar-
 gos trechos junto a la línea del tren,
 escapando de su natal Charleville),
 se le llamó el hombre “de las suelas
 de viento”. Yo también camino mu-
 cho, pero a esta edad ya se nota que
 las suelas no son de viento y que hay
 que conformarse, humildemente,
 con un paso un poco más
 lento. Pero en el caminar,
 lento o rápido, sigo experi-
 mentando epifanías como
 las de Rimbaud: se me pre-
 sentan “alientos vivos y ti-
 bios”, suaves brisas (tan ne-
 cesarias en estos días de temperatu-
 ras extremas), cantos de pájaros (el
 zorzal sigue siendo mi favorito) y
 rostros, muchos rostros con los que
 me cruzo.



Por
 Cristián Warnken

bien a la salud. El caminante sortea
 mejor el *stress* y aceleramiento de
 una ciudad cada vez más neurótica y
 agresiva. Sus peligros más frecuen-
 tes: los automovilistas que manejan
 distraídos por el celular y, ahora,
 desde hace un tiempo, los *scooters*.
 Antes, había que poner mucha aten-
 ción a los ciclistas, ahora no hay nada
 más letal y peligroso que toparse con
 un *scooter* prepotente, que pasa rau-
 do junto a ti, no toca bocina alguna
 (ni campanilla), que se siente dueño
 de la vereda, desleal invasor y prin-
 cipal amenaza a la atávica caminata.
 Los primeros hombres caminaron,
 cruzaron estrechos; los últimos
 hombres serán los que se queden
 sentados en sus domicilios, sin salir,
 autoabastecidos de todo, engordan-

*¿Quién protege a los caminantes de estos
 ovnis (objetos veloces no identificados), y de
 los zombies que a veces se desplazan en ellos?*

do sobre sus asientos, sedentarios
 asesinos de la propia vida.

He visto muchos accidentes de
scooters en nuestra ciudad. Un ami-
 go médico me contaba que a las ur-
 gencias de las clínicas y hospitales
 llega mucha gente accidentada en
scooter. Pero no solo se exponen a sí
 mismos los que han renunciado a
 caminar: pueden herir, quebrar, po-
 ner en peligro a los pacíficos cami-
 nantes que no contaminan, no inva-
 den ni molestan a nadie. ¿Quién
 protege a los caminantes de la ciu-

dad de estos ovnis (objetos veloces
 no identificados), y de los *zombies*
 que a veces se desplazan en *scooters*,
 desatentos con el otro, el prójimo,
 solo preocupados de barrer distan-
 cias y llegar lo más rápido posible a
 su lugar de destino?

No logro entender a los que, en
 vez de privilegiar caminar, “hacer
 camino al andar”, prefieren saltarse
 el camino, como si en la vida lo más
 importante fueran las metas y no las
 rutas. Perderse ese tránsito es aho-
 rrar tiempo (el tiempo de Cronos),
 pero perder el verdadero tiempo (el
Kayrós). Caminar es resistir el acele-
 ramiento general que nos está enfer-
 mando y alienando. Lo dijo Francis-
 co Quevedo: “vivir es caminar breve
 jornada/ y muerte viva es, Lico,
 nuestra vida...”. Se gana vi-
 da cuando “palpamos el
 pulso de las cosas”, como
 decía Michaux, y nuestra vi-
 da es “muerte viva” cuando
 nos perdemos la epifanía de
 los “alientos vivos y tibios”,

el canto de los pájaros, la caricia sua-
 ve de la brisa, el encuentro azaroso
 con ese misterio por descubrir que
 son los otros. ¿Que me puse muy
 poético? ¡Pero si la vida es poética!
 De tanto caminar, la cabeza se me lle-
 nó de pájaros y olores y colores. Pe-
 ro, ¡cuidado!, un *scooter* acaba de pa-
 sar raudo a mi lado, ensimismado,
 impasible. Conductor acelerado, no
 olvides lo que dijo una vez Goethe:
 “¡detente, bello instante!”.

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog